

Unión Europea ¿el fin de la utopía?

Luis Miguel Masia Nebot
Diana Angélica García Gutiérrez

Cuando el 13 de diciembre de 2007 los 27 países miembros firmaban el Tratado de Lisboa, parecía que se había logrado superar una vez más un escollo (otro) a los que la construcción de la integración europea parece estar condenada.

Hoy, a escasos cuatro años, el panorama europeo no solo *exhibe* retos importantes, sino que está presentando dos vectores de los que dependen la misma esencia de la Unión: la evolución real de la integración hacia un modelo integral que evite las diferencias, o al menos, en materia de política económica y social, y en el replanteamiento de un estado de bienestar que parece inviable en un mundo cada vez más competitivo.

Los últimos problemas de la Unión habían sido fundamentalmente de tipo político: la difícil incorporación de los últimos 12 miembros no sólo había casi duplicado el tamaño de la Unión, sino que exigía cambios institucionales profundos basados en nuevas mayorías, sobre todo en ajustes económicos; y la diversidad en la percepción de la profundización de la integración política de la Unión.

A escasos cuatro años del último gran Tratado, la realidad de la Unión está cambiando radicalmente, porque la economía que fue origen y primera finalidad, está poniendo de manifiesto que la integración es más fácil cuando las finanzas son favorables.

El lema de la Unión Europea: “Unidos en la diversidad”, fue usado por primera vez en el año 2000. En aquel entonces, la Unión Europea se ostentaba como la referencia inevitable frente a cualquier proyecto de integración y cooperación internacional, frente a una América Latina ahogada en una falta de compromiso político y con grandes deficiencias en su sistema jurídico e institucional. Hoy, a 11 años de la adopción de este lema, ha quedado expuesto que su principal enemi-

go es justamente la falta de una identidad política común en Europa que soporte las decisiones de la política monetaria de la Unión.

Schumann, Monet y Spinelli fueron los creadores de lo que desde hace poco más de 50 años se convertiría en uno de los experimentos políticos más extraordinarios a nivel internacional hasta la fecha. Ellos se postularon como idealistas de una integración con una finalidad social y política, de cooperación y bienestar, pero basada en la cooperación industrial y económica como primeros eslabones.

La tesis principal de esta primera fase económica sería que el interés comercial o de trabajo en común de políticas energéticas iba a incentivar a que los europeos, acostumbrados a la rivalidad regional, superasen odios atávicos y encontrasen la excusa perfecta para enfrentar los retos que un mundo dividido y una economía más compleja y competitiva planteaban.

La II Guerra Mundial derivó en el fin de un mundo eurocéntrico y exigió la colaboración entre los enemigos para la supervivencia del continente. Hoy el reto es diferente pero de magnitudes similares, la renovación equivale a la permanencia o no en las élites mundiales.

Colocar la producción y distribución del carbón y el acero bajo reglas comunes, aplicadas por un órgano de administración supranacional, generaría intereses compartidos y solidaridad tan profunda y crucial para la economía que llevaría a la integración gradual de todos los demás aspectos económicos y, en una siguiente etapa, a cualquier otra actividad clave del Estado como la política exterior y de defensa.¹

Los Tratados de París, Roma, Maastricht, Lisboa, entre otros, fueron todos ejercicios en diseño institucional, en donde los Estados miembros crearon las organizaciones comunitarias y acordaron sus roles y competencias. Los primeros, firmados hace más de 50 años, trataban de disimular la ambición secreta e implícita de conseguir una Europa integrada, unida, que propiciase un verdadero crecimiento económico y social como lo establece el preámbulo del Tratado de la CECA.

El integracionismo, la idea progresiva de que entidades técnicas y tecnocráticas supranacionales serían las que fueran solucionando los problemas comerciales, energéticos e industriales de diversos países

1. Pistone, Sergio (2010). "The federal perspective in the Schuman Declaration" (1ª parte). *The New Federalist*. EU. Disponible en: <http://www.thenewfederalist.eu/The-federal-perspective-in-the-Schuman-declaration-Part-1>. Consultado: 08 de noviembre de 2011.

tradicionalmente rivales, se convirtió en uno de los pilares básicos de la entonces Comunidad Europea. Es por ello que las políticas de la UE se perciben como portadoras de un fuerte componente social y de cohesión territorial.² La excusa de la economía iba a unir a los pueblos.

La otra gran columna del integracionismo europeo era la de mejorar la calidad de vida de los ciudadanos. La idea del Welfare State inspirada en los países nórdicos se ha venido implementando como uno de los sellos característicos de la Unión. El núcleo del modelo social nórdico o escandinavo está basado en un *universalismo*, el cual busca optimizar la capacidad de la sociedad para manejar sus problemas así como enriquecer e igualar las condiciones de vida de los individuos y las familias. Los ciudadanos deben tener un bienestar creciente basado en un progresivo aumento de las garantías individuales y los derechos sociales, conforme al nivel que la economía lo permita. Sin embargo, una de las principales críticas de este modelo ha sido el alto grado de financiamiento que requiere para su sustentabilidad.

En el caso de una entidad supranacional como la UE, los cambios en la estructura demográfica han repercutido en la estructura y manejo de la política social a nivel europeo. Si bien es cierto que las variaciones de la estructura demográfica entre los Estados miembros no implican un reto en el esquema presupuestario de la política social europea, es indudable que se avecinan fuertes conflictos en cuanto a la distribución del gasto entre los diferentes sectores de la política social europea.³

Después de la primera ampliación en los años setenta, la Comunidad Europea se conformó de países que representaban los tres principales modelos de bienestar social: por un lado Dinamarca representaba el modelo “escandinavo”, Gran Bretaña e Irlanda al modelo “anglosajón”, mientras que los seis Estados miembros originales conformaban el modelo “continental”. Las ampliaciones mediterráneas de los años ochenta, así como la ampliación hacia el norte del decenio de 1990, incrementaron la heterogeneidad de las visiones sociales dentro

-
2. Perez Carrillo, Elena (2010). “Europe before the financial crisis. The European recovery plan and the main European policies to stand against the crisis”. *Anuario Mexicano de Derecho Internacional*, vol. 10. Disponible en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1870-46542010000100009&script=sci_arttext. Consultado: 08 de noviembre de 2011.
 3. Greve, Ben (2007). “What Characterize the Nordic Welfare State”. *Journal of Social Science*, 3 (2): 43-51, 2007. Disponible en: http://ruc-dk.academia.edu/BentGreve/Papers/683550/What_Characterise_the_Nordic_Welfare_State_Model. Consultado: 08 de noviembre de 2011.

de la Unión Europea. Estos grupos de países difieren no sólo en sus niveles promedio de captación tributaria y gasto social, sino por el lado de los ingresos en los pesos relativos de diversos impuestos y contribuciones a la seguridad social; y por el lado del gasto en términos de las transferencias sociales y servicios sociales.⁴

El desempleo se convirtió en el objetivo de las políticas europeas con el fin de incrementar la eficacia del mercado laboral y la inversión en recursos humanos, y por ende incentivar el avance hacia la actual unión monetaria y la moneda única. En este contexto, emergieron las políticas públicas de evaluación de la necesidad de capital humano, al declararse que el objetivo esencial de la educación era la capacitación de los individuos para ocupar un puesto en el mercado laboral. Para ello, el sistema educativo debe transmitir y desarrollar todas las cualificaciones que necesite un trabajador para ocupar adecuadamente un puesto de trabajo.⁵

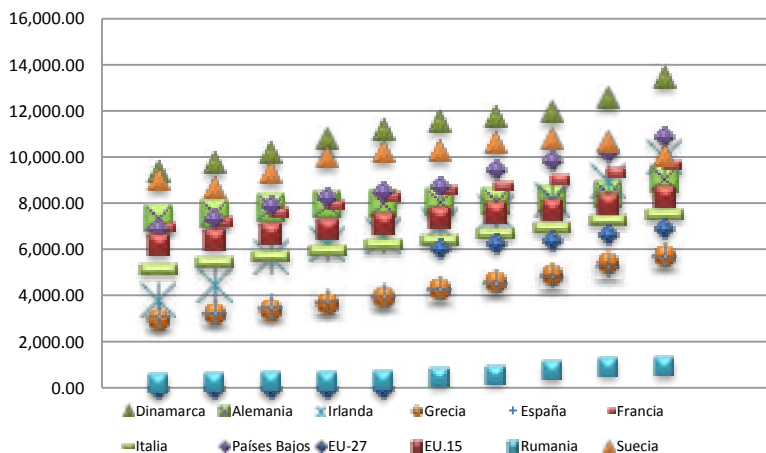
Actualmente, la mayoría de los Estados miembros enfrentan fuertes presiones económicas para emplear sólo aquellas estrategias de desregulación competitiva y reducciones impositivas con el fin de atraer o retener inversiones, que de otra forma pudieran buscar establecerse en otros lugares con menores costos de producción y mayores incentivos fiscales. Del mismo modo, los sindicatos se ven obligados a aceptar condiciones salariales y laborales menos atractivas con el fin de salvaguardar sus actuales trabajos. A la par de estas acciones, los Estados de Bienestar se han visto en la necesidad de reducir los beneficios y de establecer un mayor número de filtros en los servicios y transferencias sociales con el fin de frenar la inmigración de clientes potenciales de bienestar social.

Giddens, tras la caída del muro, simplifica ambas tareas planteando su *tercera vía* (que por intuitiva y evidente que pareciera, con anterioridad a Gorbachov hubiese sido difícilmente imaginable): una política basada en una economía liberal y un Estado social, es decir, el mercado produce crecimiento económico, crea riqueza. Ocurre que

4. Scharpf, Fritz W. (2000). "The European Social Model: Coping with the Challenges of Diversity". Columbia International Affairs Online. Disponible en: <http://www.ciaonet.org/wps/scf09/scf09.html>. Consultado: 09 de junio de 2004.

5. Brunet, Ignasi & Pastor, Inma (2003). "Tercera vía, Comisión Europea y Estrategias de Empleabilidad". *Revista Andaluza de Ciencias Sociales Anduli*, núm. 3. Disponible en: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1973117>. Consultado: 18 de noviembre de 2011.

Comparativa de gasto en políticas sociales 2000-2010 (Euros por habitante)



Fuente: propia (2011). Elaborada a partir de datos obtenidos en Eurostat Comisión Europea. Social Protection Expenditure, 28 de octubre de 2011. Disponible en: <http://appsso.eurostat.ec.europa.eu/nui/show.do>. Consultado: 18 de noviembre de 2011.

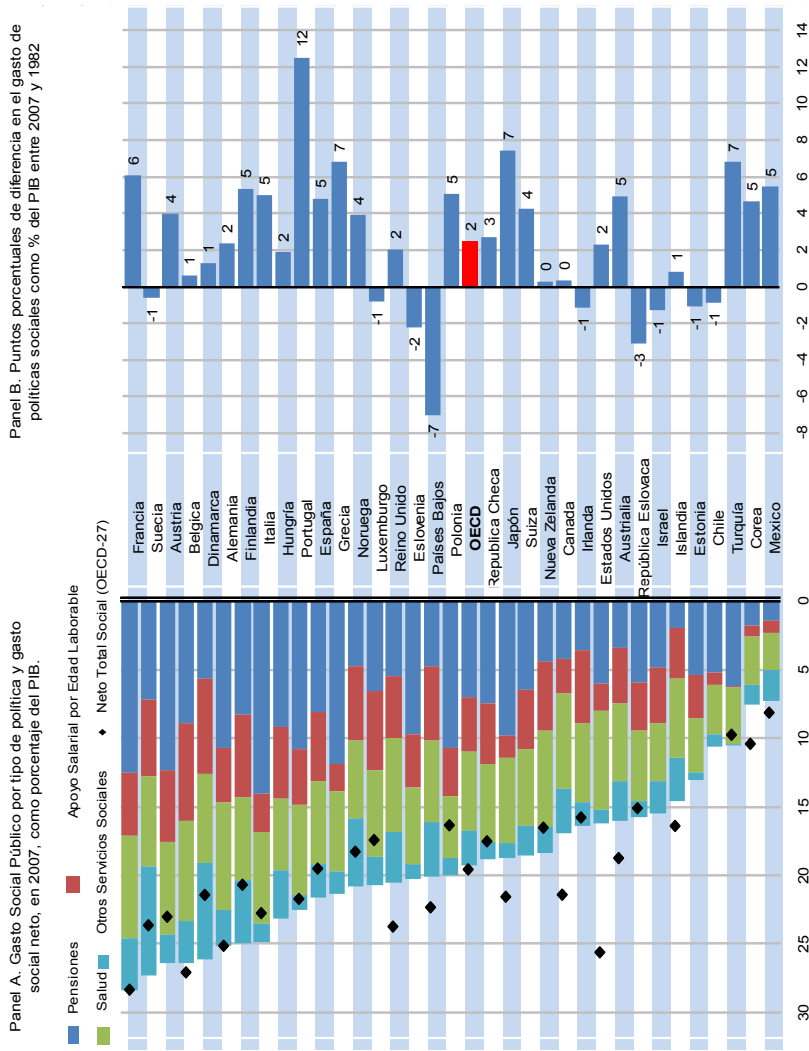
el problema radica en cómo hacer para que tal riqueza llegue a más personas. La vieja idea de que es imperativo distribuir la riqueza sufre ahora una apostilla: no sólo es importante distribuirla, para hacerlo, resulta obligatorio generarla.⁶ La sencillez del modelo permitió un éxito veloz de la implementación del sistema.

La gobernanza global comunitaria tenía la encomienda de elevar la calidad de vida de sus ciudadanos como uno de los verdaderos signos de identidad básica, como un elemento definitorio, ontológico, de la europeidad. Los ciudadanos de los países miembros podían sentirse o no europeos, pero en ningún caso podían pensar en la renuncia a los derechos (o privilegios) adquiridos. El sueño europeo de Rifkin⁷ pa-

6. Vilain, Roger (2006). "Un acercamiento a la 'Tercera Vía' de Anthony Giddens", *Kaleidoscopio*, vol. 4, núm. 7, enero-junio, 2007. Disponible en: http://kaleidoscopio.uneg.edu.ve/numeros/k07/k07_art08.pdf, Consultado: 19 de noviembre de 2011.

7. Rifkin, Jeremy (2004). *El sueño europeo. Cómo la visión europea del futuro está eclipsando el sueño americano*. Barcelona: Paidós, 523 p.

Mayor gasto social público en la mayoría de los países desde 1980

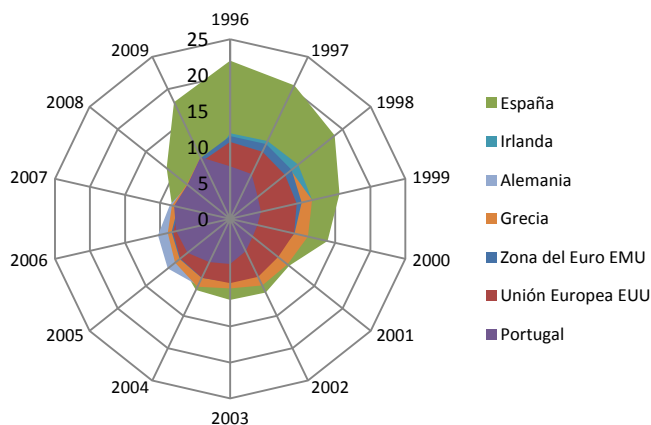


Fuente: OECD (2011). Society at a Glance 2011: OECD Social Indicators. Disponible en: www.oecd.org/els/social/indicators/SAG. Consultado: 14 de noviembre.

rece que sólo puede existir si se garantiza una economía sumamente excedentaria.

Más allá de la quiebra de Lehman Brothers y las especulaciones financieras, es necesario situar la presente crisis económica en un contexto histórico económico, social y cultural en Europa, en el cual se han acumulado diversas variables económicas, políticas y sociales durante los últimos 20 años que han llevado a la saturación del mercado y la fuerza laboral, dando como resultado la actual crisis económica. Los bajos índices de natalidad dieron como resultado en una fuerte caída de la fuerza laboral joven que pudiera impulsar la innovación, empujar hacia nuevos desarrollos tecnológicos e incrementar la eficiencia de la producción.

Evolución del desempleo total (% de la población activa)



Fuente: propia (2011) con datos obtenidos del Banco Mundial (2011). Desempleo total (% de la población activa). Disponible en: <http://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.MKTP.KD.ZG>. Consultado: 20 de noviembre de 2011.

Estos factores socioeconómicos ocasionaron también la erosión de la ventaja comparativa europea en el mundo, particularmente en el área de la manufactura, incrementando así los costos de pensiones y seguridad social al contar con una población más vieja, menos disponibilidad de fuerza laboral capacitada y menores ventajas comparativas

en términos de los costos de producción de bienes y servicios en un mercado global altamente competitivo.⁸

Sin embargo, para la fecha en la que el Tratado de Lisboa se estaba firmando, ya había iniciado el verdadero monstruo al que la Unión debe de enfrentar en la actualidad: una crisis económica derivada de políticas de algunos de los países miembros, y que se ha convertido en el doble cáncer de Europa, tanto para el proceso de integración como para la subsistencia del estado de Bienestar.

Crónica de una muerte anunciada

La apuesta del euro se convirtió en el mayor hito a nivel de integración europea. La moneda no sólo implicaba uno de los sacrificios máximos desde el punto de vista nacionalista, sino que exigía a los gobiernos de los Estados miembros el cumplimiento de duras medidas de control de la deuda, el déficit público, o la fluctuación monetaria.

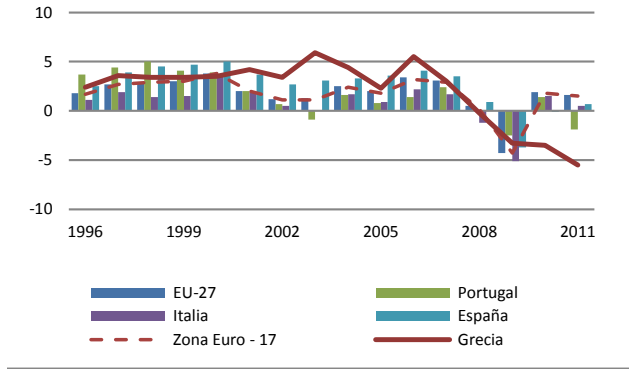
Los integrantes del euro además debían sacrificar su política monetaria, quedando sus Bancos Centrales relegados a la parte de supervisión de entidades financieras y de estudios monetarios. Uno de los principales beneficios de participar en la unión monetaria, especialmente para países como Grecia, España, Portugal e Italia que en su momento tenían una historia con respecto a sus altas tasas inflacionarias, era la credibilidad obtenida de la eliminación del problema de la tendencia inflacionaria de una política monetaria discrecional.

Varios países sufrieron por tratar de alcanzar las condiciones exigidas por el Banco Central europeo. Grecia fue el último país en incorporarse (UE-12), y definitivamente se utilizó un criterio “más flexible” para admitirla en el club. Cuando la Unión Monetaria arrancó en 1999, Grecia era el único país de la Unión que no tenía permitido su acceso a la zona euro al no cumplir con los criterios de Copenhague, sin embargo, ¿cómo es posible que tan solo dos años después el Consejo Europeo hiciera pública su decisión de admitir a Grecia en la eurozona?

8. Samuel, John (noviembre, 2007). Erosion of the European Economy? Info change governance. Disponible en: http://infochangeindia.org/index2.php?option=com_content&do_pdf=1&id=8930. Consultado: 17 de noviembre de 2011.

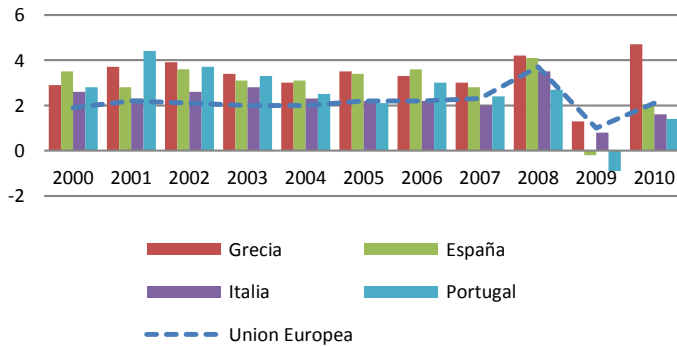
El euro ha representado durante estos años la fortaleza de Europa, la moneda que pretendía retar internacionalmente la hegemonía del dólar y encontrar el máximo nivel de integración monetaria en Europa.

Tasa de crecimiento del PIB real (% de variación anual)



Fuente: propia (2011) con datos obtenidos del Banco Mundial (2011). Crecimiento del PIB % anual. Disponible en: <http://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.MKTP.KD.ZG>. Consultado: 20 de noviembre de 2011.

Tasa de crecimiento de la inflación anual



Fuente: propia (2011) con datos obtenidos del Banco Mundial (2011). Crecimiento del PIB % anual. Disponible en: <http://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.MKTP.KD.ZG>. Consultado: 20 de noviembre de 2011.

En su momento la Comisión y el Consejo supusieron que, si lo-
graban que los países sacrificasen su política monetaria a favor de la

tecnocracia de la Unión, se iba a generar menor inflación y un uso apolítico de las finanzas.

El *aparente éxito* del euro se manifestó por un lado en la rápida incorporación en la vida económica y social de los europeos, y pronto se contagió un relativo optimismo con el fortalecimiento de su moneda. Los principales efectos positivos para los países mediterráneos que formaban parte de la eurozona eran por un lado: el crecimiento de la credibilidad financiera al disminuir el riesgo de grandes fluctuaciones inflacionarias, lo cual por ende provocó un crecimiento en el volumen del comercio y la inversión extranjera directa; y dado que las tasas de interés se redujeron, y la economía se percibía más estable, la obtención de recursos del mercado nacional e internacional se volvía mucho más sencilla debido principalmente a la garantía y apoyo del Banco Central Europeo y el Banco Europeo de Inversiones.⁹

Por otro lado hubieron voces críticas, la transición a la moneda única implicó dos males subyacentes: el blanqueo de capitales, particularmente en los países del sur de Europa, y una inflación oculta en el famoso “ajuste” de las monedas, que generó un alza de precios que no aparecía en los indicadores.

Adicionalmente, la adopción de la moneda única encontró con un regalo perverso: el éxito internacional del euro llevó aparejada una continua valoración de la moneda. En el 2002, el año de su puesta en circulación, un euro llegó a costar 7.96 pesos, y hoy, diez años después, está a 18.26, más del doble de su valor inicial.

El último factor, que en su momento parecía independiente y actualmente es clave, fue el fracaso de la integración política. La fallida Constitución Europea, donde aparecieron las viejas cuestiones políticas que Giddens creía que se iban a superar, ha tenido mayores repercusiones de las esperadas.

Por otro lado, el segundo gran tema a analizar es si el Estado del Bienestar europeo es una herramienta realmente sustentable y sostenible en la economía actual. La crisis de Europa ha sido centrada en el omnímodo y difuso papel de “los mercados”. El argumento parece totalmente smithsoniano, la mano invisible que aqueja la situación de las economías europeas afectadas por la macro crisis internacional del

9. Gündođdu, Burak & Girban, Orkun (2006). Greece Integration to EMU and Lessons for Turkey. Türkiye Cumhuriyet Merkez Bankası. Disponible en: http://www.tcmb.gov.tr/yeni/iletisimgm/B_Gundogdu-O_Girban.pdf. Consultado: 20 de noviembre de 2011.

sector de la construcción que atrajo la crisis del sistema financiero y es la que lleva a la debacle global. Sin embargo, en Europa hay que hacer un análisis más profundo y que atañe tanto a la política industrial como al sistema del Estado de bienestar, cada vez más garantista y profundo, pero que debe encontrar el sustento en una economía competitiva.

Desgraciadamente parece que la economía europea no es tan robusta como se esperaba, que el paso hacia la economía del conocimiento parece que sólo se ha dado en su primera fase: trasladar la mayor parte de la industria manufacturera a países emergentes (particularmente asiáticos) sin que haya llegado para todo el beneficio de las industrias intensivas en capital intelectual.

Sin una base económica firme, el Estado de bienestar se convierte para la Unión en lo que es para el resto del mundo: un lujo. El problema es que es más difícil desacostumbrarse a los lujos que asimilarlos.

El primer vector: la liebre y la tortuga

A finales de los años ochenta, el político Maurice Duverger describía en su libro *La liebre liberal y la tortuga europea* como la velocidad de las políticas del liberalismo económico en el seno de las entonces Comunidades Europeas, se imponía frente a las medidas orientadas a una verdadera cohesión entre los pueblos, naciones y regiones que las integraban.

A mediados de los años noventa ya se anticipaba la necesidad de que la economía estuviese en manos de técnicos, no de políticos, en tanto que los factores de control financiero, monetario, fiscal o macroeconómico no debían depender de los vaivenes de la política.

Así, a nivel internacional, se consiguió que los cargos de los responsables de las políticas monetarias sean por periodos más largos que los tiempos políticos, y que se lleguen a consensos suficientes para que los ocupen técnicos.

El euro se concibió en este sentido, con un referente integrador y tecnocrático: el Banco Central Europeo, sin embargo la política económica seguía fluyendo de forma política y contradictoria en los diferentes países miembros.

Por eso, no es de extrañar el resultado del euro en relación con las crisis económicas de los Estados miembros: se ha conseguido que

todos los países entiendan las repercusiones de los excesos o defectos de sus políticas pero no se ha asumido la corresponsabilidad que esto lleva implícito.

Las dos corrientes internas más fuertes dentro de los europeístas son los que abogan por la Europa unida políticamente y la de los que pretenden limitarla a un espacio comercial común.

La creación del euro y el fracaso de la Constitución colocaron a la Unión en un punto intermedio que es cómplice de la actual crisis: el euro llevó más allá a Europa, la lanzó a un nivel de integración inédito en el mundo; pero la política monetaria sólo es una parte de las políticas económicas que quedaron todavía en manos de los gobiernos de los países miembros sin que éstos hayan generado niveles de corresponsabilidad política.

Ciertamente el BCE tiene un alto grado de poder al controlar el tipo de cambio del euro y restringir las políticas monetarias e impedir la inflación vía generación de moneda, pero la posibilidad de endeudarse, de generar políticas subvencionadas o de administrar el déficit público de la manera que consideren más conveniente sigue siendo facultad de los Estados.

La integración parcial a la que se ha llegado tiene el efecto perverso de ser suficientemente intensa como para interrelacionar las economías europeas de forma que las crisis nacionales se conviertan en catástrofes europeas, pero no ser suficientemente profunda para que las políticas públicas y particularmente el gasto público de los países miembros tenga un principio de corresponsabilidad.

En estos momentos, en Europa habría sido necesario que liebre y tortuga hubiesen llegado juntas a la meta del euro, y las finanzas públicas corresponsables para garantizar el éxito del sistema.

El segundo vector: ¿realmente es viable la tercera vía?

Giddens parte del presupuesto que dos posturas ideológicas contrapuestas: el conservadurismo moral y liberalismo económico por un lado, y el liberalismo moral y socialismo económico por otro, podían encontrar puntos en común y resolver las diferencias que habían desgarrado no solo Europa, sino al mundo, por más de medio siglo.

El planteamiento se sustentaba en que realmente se podía incentivar una economía competitiva basada en el liberalismo económico,

que generara una prosperidad suficiente para ser posteriormente repartida de manera justa y solidaria con los ciudadanos más desfavorecidos. Esto implicaba una política económica y productiva liberal con el desarrollo de un Estado social.

La economía europea funcionaba a pesar de la situación política en Europa, ya había superado la crisis del petróleo y se estaban viendo los frutos de la abundancia de la integración. Como en el periodo de entreguerras, la economía de la postguerra fría fue de crecimiento y generación de riqueza, y estaba basada en un modelo de competitividad, en parte heredado de la supremacía europea del siglo XIX, en parte anticipado de las nuevas tendencias de la economía mundial basadas en la moda, la tecnología y, siguiendo a Castells, los albores de la economía del conocimiento.

Este sistema excedentario pudo proveer de manera creciente a las economías europeas, partiendo del modelo nórdico del Estado de bienestar, una atención creciente a sus ciudadanos en forma de sanidad, educación, obras públicas y subsidios a los más desfavorecidos (particularmente desempleados y jubilados).

Realmente la tercera vía podía funcionar, y no sólo le sirvió de receta al líder laborista Tony Blair para desbancar el poderío tory de casi 20 años basado en el miedo a una izquierda antiempresarial, sino que se puso de moda entre los líderes políticos europeos.

A pesar de los orígenes de izquierdas o derechas, en la década de los noventa y aún hoy, la mayor parte de políticos se autodenominan de centro, y sostienen programas basados en esta filosofía *giddensiana*.

No obstante, debemos hacer notar que una de las premisas para el acercamiento ideológico entre dos partes es que la situación económica de la Europa de los años ochenta era de bonanza. La posibilidad de llegar a acuerdos entre empresarios y obreros era una oportunidad demasiado grande para echarla a perder. Irlanda fue el paradigma de la tercera vía y de la economía del conocimiento, Giddens y Castells juntos y llevados a la práctica, pasando de ser uno de los países más pobres de la Unión, a convertirse en el milagro o el tigre celta.

Europa no estaba preocupada por que los chinos, con sus 1,200 millones de bocas por alimentar, se llevaran la producción de parte de la industria ligera puesto que era beneficioso para los consumidores europeos y los productores chinos.

Los sistemas proteccionistas del Estado del bienestar financiados por una economía excedentaria podían ofrecer más, y la misma Unión

Europea, inspirada en el modelo sueco, decidió diferenciarse ante el mundo como un modelo de éxito social y económico. La Unión se jactaría de superar el modelo de Giddens y demostraría que empresa y sociedad podían ir de la mano.

El fin del sueño

Todos recordamos el 11 de septiembre del 2001 como una fecha que cambió el mundo y de la que se derivaron incontables efectos políticos, económicos y sociales que aún se arrastran en la actualidad. No muchas personas saben que tres meses más tarde se producía un hecho probablemente de igual o mayor trascendencia en el mundo: la incorporación de China a la OMC.

A partir de entonces, la economía china ha venido creciendo 10% anual, aun en los años de crisis, lo que equivale que simplemente desde aquel momento ya ha duplicado su valor en términos totales.

Los chinos manufacturan y venden, manteniendo su moneda a bajo coste y compensando la subvaluación con la compra de divisas extranjeras (especialmente emisiones de deuda estadounidenses y europeas), los europeos compran y se endeudan, con un euro y una libra esterlina muy apreciadas que les permite comprar bien en todo el mundo, pero les pone el reto de exportar, puesto que tienen que justificar el mayor costo de sus mercancías con valores adicionales. La comunión entre izquierdas y derechas en Europa dio paso a la alianza entre compradores y vendedores a nivel internacional.

Europa decidió convertir su economía en menos industrial y más importadora, pensando que el valor generado por sus empresas a través de las marcas, la tecnología y la moda iban a permanecer en el viejo continente.

Sin embargo, los chinos están demostrando ser maestros en el juego que los occidentales pretendimos enseñarles, y actualmente también se produce tecnología, marcas y moda que están empezando a competir en el mercado global.

La Unión Europea triunfante y excedentaria se desindustrializa con demasiada facilidad, los inmigrantes, deseosos de poder recibir las migajas del sueño europeo, están dispuestos a aceptar determinadas humillaciones, que definitivamente son mucho mejores a las carencias de sus lugares de origen. Los europeos empiezan a permitirse

el lujo de no aceptar determinados trabajos a pesar del aumento del desempleo.

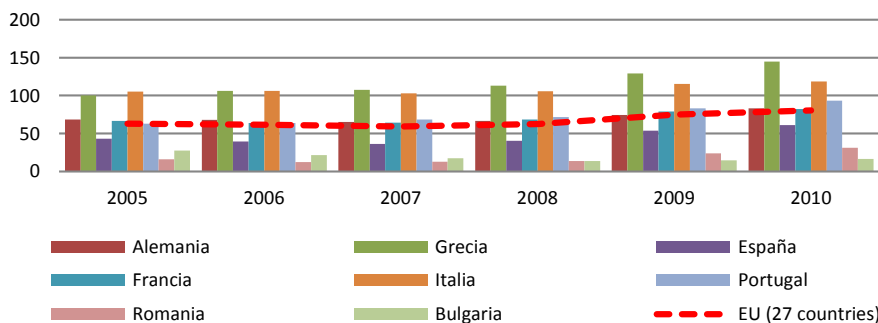
Definitivamente la crisis económica del 2007, la famosa crisis Ninja de EU llega a Europa y afecta a la banca. En España, un sector de la construcción hiperespeculativo detona y empieza la primera parte de la crisis europea, la crisis de los mercados, la crisis global, la que exige el intervencionismo del gobierno en la economía y que el dinero público rescate la mala fortuna o mala gestión de los intereses financieros privados.

La crisis que subyace, la que hoy día es la estructural, ha calado profundamente en un continente absorto en sí mismo, es la de su sistema económico y social. La que exhibe que el sistema productivo de Europa no es lo suficientemente competitivo como para asumir los costes sociales que pretende.

En este caso, la liebre social fue más rápida que el cangrejo económico. Mientras que la sociedad europea acumulaba, sin ser consciente de ello, derechos cada vez más parecidos a privilegios; las empresas perdían en muchos casos la competitividad requerida frente a su competencia global.

Es paradójico que los países en la crisis actual de la UE sean los llamados PIGS (Portugal, Grecia España y la I nos sirve tanto para Irlanda como para Italia), los cuales no son los países más pobres de la Unión, pero parece que sí los más endeudados.

Deuda total (% del PIB)



Fuente: propia (2011). Elaborada a partir de datos obtenidos en Eurostat Comisión Europea. General Government Gross Debt, 23 de septiembre de 2011. Disponible en: <http://epp.eurostat.ec.europa.eu/tgm/download.do?tab=table&plugin=1&language=en&pcode=teina225>. Consultado: 25 de noviembre de 2011.

En el caso de los últimos países adheridos al club europeo, como son Rumania o Bulgaria, nos encontramos con finanzas públicas más saneadas y un sistema económico y financiero más fuerte que está pudiendo enfrentar los embates de la crisis mejor que otras potencias económicas.

La respuesta es simple: su tejido empresarial todavía está consciente de su necesidad de ser competitivo y su tejido social todavía no se acostumbra a los beneficios que el europeo más tradicional considera un derecho.

Para Europa occidental, el poder premiar a sus ciudadanos con dinero por tener hijos, el garantizar escuelas a menos de determinada distancia aun cuando no sean imprescindibles, hacer carreteras de cuatro carriles a municipios pequeños, construir aeropuertos aun cuando haya menos de 100 pasajeros al mes¹⁰ (como por ejemplo los aeropuertos españoles de Madrid-Cuatro Vientos y Albacete, los cuales registraron un tráfico de pasajeros en octubre de 2011 de 25 y 139 pasajeros, respectivamente), poder ofrecer toda la gama de servicios médicos innecesarios a localidades pequeñas, o garantizar subsidios de desempleo que se convierten en herramientas más atractivas que tener un empleo, se han convertido en derechos inalienables, cuya pérdida suscita una indignación militante, casi comparable a las hambrunas africanas o al abuso laboral asiático.

El “efecto petaloudas”

Si el batir de las alas de una mariposa en Tokio dio origen al concepto de interconexión causal global, en este caso la mariposa griega (*petaloudas*) ha generado el replanteamiento profundo del sistema de interconexión económico europeo.

El principal problema es que esta caótica tragedia griega puede afectar a todos los bancos europeos y los fondos de pensiones que han dado crédito a Grecia, y por ende causar un pánico bancario aún mayor. La primera acción correctiva para evitar un contagio sería conge-

10. Tráfico de Pasajeros, Operaciones y Carga en los Aeropuertos Españoles, octubre 2011. Dirección de Operaciones y Sistemas de Red. Aeropuertos Españoles y Navegación Aérea. Disponible en: http://www.aena-aeropuertos.es/csee/Satellite?Language=ES_ES&pagename=estadisticas. Consultado: 22 de noviembre de 2011.

lar los créditos de Irlanda, Portugal, España e Italia. En caso contrario, el escenario más lógico ante la ausencia de Bancos Centrales de cada Estado miembro, sería la fuga de instituciones bancarias hacia mercados menos riesgosos (como Alemania) en cuestión de horas.

Durante gran parte del 2011, el dilema del primer ministro Papandreu ha sido si enfrentarse a la Unión Europea y no pagar la cuantiosa deuda griega que asciende a unos 360 mil 300 millones de euros, es decir 165.3% de su PIB y de los cuales tan solo 65 mil 166 millones de euros corresponden al fondo de rescate de la eurozona y el FMI, pidiendo sobre moratorias y más préstamos al BCE; o enfrentarse a sus ciudadanos y tomar medidas impopulares de reducción de la deuda, restricción del Estado del bienestar y del sistema funcional griego y así lograr cumplir con los plazos de pago establecidos en los cuales Atenas tendría que cubrir alrededor de 14 mil 800 millones de euros para el 2011, 39 mil 700 millones en 2012, 37 mil 600 millones en 2013 y 60 mil 200 millones en 2014.¹¹

Durante todo el año, Papandreu ha estado navegando entre dos aguas, tratando de evitar como su compatriota Ulises a Escila y a Caribdis; intentar no tomar decisiones impopulares y de ganar tiempo con sus compromisos europeos. Tres moratorias del pago fueron suficientes para que una cansada canciller alemana, asediada por sus propios conciudadanos y problemas, pusiera un límite a la situación. La ausencia de decisión del dilema de Papandreu se convirtió en el dilema de Merkel y de toda la Unión: seguir esperando una respuesta de austeridad de Grecia o realmente reconocer el fracaso del sistema monetario europeo.

El dilema griego se salda con la dimisión de Papandreu y la conformación de un gobierno de unidad nacional a cargo del economista tecnocrático Papadimos.

La respuesta es clara: ante la posibilidad de que Europa se rompa, los líderes europeos fuerzan al gobierno griego y le imponen un cambio. En esencia los mercados y la Unión Europea se imponen al sistema democrático griego, ahogado en sus propias y enormes contradicciones.

11. Martes 22 de noviembre de 2011. "Deuda Griega llega a 165% del PIB en septiembre". *El Universal Online*. Disponible en: <http://www.eluniversal.com.mx/notas/810546.html>. Consultado: 25 de noviembre de 2011.

Y nuevamente el efecto *petaloudas* opera: semanas después dimitió el primer ministro italiano Berlusconi, cuyo gobierno, en este caso conservador, tampoco ha sabido o podido satisfacer la cuadratura del círculo entre Europa, la economía y los derechos de sus ciudadanos; días más tarde, el gobierno del socialista español Zapatero recibe el castigo electoral más grande desde los tiempos de la democracia y tiene que dar paso a un gobierno de signo contrario, avalado por una mayoría de españoles cansados de la falta de respuestas a una crisis que parece endémica.

La constante es que parece que los colores de los partidos políticos palidecen, no ante una tercera vía, sino ante la necesidad de que los técnicos tomen en sus manos la economía y traten de salir de la crisis. Con medidas, aunque sean impopulares.

Los líderes europeos, al menos los que hoy sobreviven, confían que el que ponga orden en las economías de los PIGS va a garantizar la supervivencia de la Unión, de cierta forma manifestando que el sacrificio de unos cuantos salvará al grupo.

Angela Merkel se ha convertido de facto en la policía económica de Europa, y más allá, en la verdadera *policy-maker* del continente, aun en los gobiernos internos de los países miembros. El fracaso de la constitución que quería unificar políticamente a la Unión ha llevado a que los líderes de Francia y Alemania hayan intervenido de facto en la política nacional.

Las contradicciones y paradojas que siempre han alimentado la construcción de un espacio común se están intensificando, derivadas de la falta de comprensión europea tanto de su realidad interior como del contexto global.

Lecciones de ida y vuelta

El 28 de noviembre del 2011, por primera vez en la historia un director (en este caso directora) del FMI llegaba a un país latinoamericano no a imponer recetas de austeridad y disciplina económica, sino a reconocer y pedir que se enseñen lecciones aprendidas.

Tradicionalmente, el FMI había otorgado préstamos a Latinoamérica después de ejercer severas presiones para obtener políticas neoliberales de reducción del déficit y del gasto público, y aplicar respuestas basadas en la reactivación de las exportaciones y el fomento de la com-

petitividad empresarial. Argentina, Colombia y por supuesto México, habían sido sus clientes frecuentes que parecían niños díscolos ante las enseñanzas de una economía occidental eficiente y austera.

Hoy Lagarde llega a México a felicitarlo por su macroeconomía carente de sobresaltos, espartana en la deuda y relativamente mesurada en el gasto, a solicitar que comparta su experiencia con los países europeos. Sólo Italia acaba de solicitarle 6,000 millones de euros, y probablemente apenas sea el principio de las necesidades europeas.

¿Cuál puede ser la diferencia entre Europa y América? Desgraciada o afortunadamente, las recetas del FMI fueron acogidas en nuestros países de forma sumisa, y nuestras sociedades aceptaron con dignidad y estoicismo los recortes, devaluaciones y quiebras derivadas del efecto tequila o el efecto samba.

En Europa, las nuevas generaciones, sobre todo las de los países del sur, no están acostumbradas a los ajustes económicos tras más de 20 años de crecimiento económico sostenido avalado por los fondos europeos y reconocidos por un sistema social que se ha desarrollado de forma mucho más intensa que la generación de riqueza.

El *Welfare State* no se percibe como una oportunidad, sino como un derecho inalienable, y las medidas de austeridad no son comprendidas por una población acostumbrada con excesiva rapidez a lo bueno.

Paralelamente, el crecimiento económico que se dio en Latinoamérica ha derivado tanto de una incorporación progresiva e intensa a la industrialización, como por una reactivación del valor de los bienes primarios de los que el subcontinente es todavía excedentario.

Europa carece de bienes primarios suficientes para autoabastecerse y dejó atrás la economía industrial, dependiendo cada vez más de los productores asiáticos. La necesidad de una reconversión del sistema social debe llevar aparejado un replanteamiento del sistema empresarial más centrado en el emprendurismo que en la búsqueda de empleos tradicionales, y con mayores componentes de flexibilidad, innovación e internacionalización.

Las lecciones que se impartieron en las últimas décadas desde el mundo occidental a Latinoamérica, hoy han sido aprendidas tan extraordinariamente bien que pueden ser impartidas en el viejo continente, aunque con la incertidumbre si los antiguos maestros, ahora nuevos alumnos, tendrán la apertura para aprender.

Conclusiones: Renacimiento 2.0

En griego “*crisis*” significa “crecimiento” “cambio”, por lo que la Unión Europea y sus Estados miembros están en total sentido de la palabra, inmersos en una crisis coyuntural, política, económica y social.

Para que se cumpla el pronóstico de “crecer”, se requiere realmente que haya un cambio de mentalidad y de políticas en un giro copernicano, que acabe con las viejas contradicciones de la integración y adapte los nuevos paradigmas socioeconómicos del mundo globalizado y multipolar.

El sueño social de los ciudadanos europeos, la utopía integracionista comunitaria y el paradigma de la tercera vía tienen que adaptarse a la nueva realidad económica y social mundial para poder ser viables. Esto va a implicar una capacidad de sacrificio para los países, para toda la Unión y para sus ciudadanos, ingente.

Europa ya ha demostrado a lo largo de los dos últimos siglos su capacidad de superación, pero ahora, al igual que en su momento otras hegemonías en decadencia, tiene que enfrentarse a una sociedad interna demasiado acomodada a un bienestar insostenible y a la competencia de un mundo que ha demostrado tener una capacidad de adaptación mayor a los nuevos esquemas del mercado.

El viejo continente ha tenido la facultad de reinventarse y renacer de forma competitiva durante los siglos y de mantener un liderazgo global. El reto de hoy parece menor, puesto que no hay situaciones bélicas de por medio, pero en realidad se enfrenta a cambios culturales que son mucho más complejos de digerir por parte de una sociedad acostumbrada al bienestar.

La Unión ha significado, y es posible gracias a la voluntad política, la incorporación de los ciudadanos al bienestar y el incentivo del potencial crecimiento económico. Pero hoy, los paradigmas del renacimiento europeo pasan por el fortalecimiento del integracionismo con una corresponsabilidad en políticas públicas creciente y la reincorporación de la sociedad europea al contexto de competitividad global, sin que se pierda el sueño de un mundo mejor.

Para la superación de cualquier reto se requiere sobre todo de voluntad y de sacrificio. La Unión Europea, su sociedad, y los países miembros pueden asumir un renacimiento fortalecidos, pero definitivamente se requieren cambios de forma y fondo que debemos ver si van a querer asumir. El sueño europeo, quizás tenga que ser diferente, pero sigue siendo posible.